

nes que aquel acontecimiento feliz debía causarle. Al felicitar á su patria por el triunfo de la causa popular, salieron de su boca ardientes votos de gratitud hácia el Supremo Hacedor de las sociedades, bellas palabras de amistad y de respeto para el venerable caudillo de la revolucion, puros consejos de union y fraternidad para todos sus conciudadanos. Aquellos acentos fueron á conmover las fibras de todos los corazones jenerosos, y fueron para las pasiones alborotadas como la voz de Dios que calma las tempestades.⁵

Celebrado el convenio de Lagos, marchó Comonfort á Guanajuato, donde le aguardaban las mismas muestras de respeto y de gratitud que en todas partes. Allí sirvió tambien su presencia para calmar los espíritus, que se hallaban ajitados por las incertidumbres de la situacion: hizo que se adoptara el plan de Ayutla como la única ley que por entonces podia salvar la patria; y despues de haber dictado sábias providencias para bien del departamento, salió de Guanajuato el 28 de Setiembre, despidiéndose de aquellos habitantes con una proclama, en la que les aconsejaba huir de toda exajeracion, recomendándoles el amor al orden y á la libertad, como siempre lo hacia.⁶

⁵ Véase esta proclama en el *Apéndice* Núm. XXIX.

⁶ Véase en el *Apéndice* Núm. XXX.

Su tránsito por el interior de la República fué una marcha triunfal: las ciudades le abrian las puertas y le recibian entre aplausos y regocijos; los habitantes del campo salian á los caminos para verle, y en todas partes era aclamado como un redentor del pueblo, que venia á dar al país libertad, justicia y felicidad.

Todos los periódicos de la capital y de los departamentos le preconizaban como el vínculo de union entre los mexicanos; todos los partidos ensalzaban á porfia sus virtudes, y todos le proponian como el ciudadano mas digno de ocupar la presidencia. Si en el plan de Ayutla no hubiera estado señalada la manera de eleccion, Comonfort habria sido desde luego el jefe del Estado, en virtud de aquella aclamacion general.

Sobran razones para presumir que un sentimiento de modestia y de delicadeza le hizo retardar su viaje á Cuernavaca, para donde estaba citado con los demas caudillos. Idolo del pueblo, aplaudido como un héroe, circundado de la brillante aureola de triunfador, ensalzado por todas las clases y todos los partidos, designado en fin por la opinion pública como cabeza de la nueva situacion que iba á crearse, esta aura popular podia ser un obstáculo á la libertad de la eleccion: él debió conocerlo así, y hubo de comprender que convenia á su decoro no estar presente con el resplandor

de su gloria á la eleccion presidencial. De otro modo, no se alcanzan los motivos que tuvo para no llegar á Cuernavaca sino hasta el 5 de Octubre, cuando desde el 16 de Setiembre en que se hicieron los convenios de Lagos, no hubo motivo grave que le detuviera en el camino.

El general Alvarez nombró en Iguala el 24 de Setiembre los representantes de los departamentos que debian elegir al presidente provisional, conforme al plan de Ayutla, disponiendo que se reuniesen en Cuernavaca el 4 de Octubre para cumplir su encargo. En seguida marchó para aquella ciudad con su division, y llegó á ella el 2 de Octubre, en cuya fecha dió un manifiesto, anunciando que iba á terminar su mision, y que instalado el nuevo gobierno, prestaria la debida obediencia al supremo magistrado que fuera elejido por los representantes.

Estos se reunieron en Cuernavaca el dia señalado: el general Alvarez los escitó en breves palabras á que eligiesen para la presidencia á una persona digna de ocupar tan alto puesto, por su probidad, por su patriotismo y por las demas cualidades necesarias en el primer magistrado de un pueblo libre. En seguida se quedaron solos, y eligieron presidente interino de la República al mismo respetable general que tan felizmente habia conducido la revolucion hasta aquel punto.

La eleccion del general Alvarez no gustó á todos. Habia corrido la voz de que el anciano caudillo no queria ser presidente, porque ni su edad, ni sus enfermedades, ni su género de vida le permitian ponerse al frente del gobierno. Contábase que tanto el jefe de la revolucion como los demas caudillos, se habian puesto de acuerdo desde mucho antes, para hacer que Comonfort subiese á la primera magistratura; y se decia sin embozo, que la eleccion de Alvarez habia sido el resultado de malas intrigas. Para apoyar estas suposiciones, se comentaba de mala manera la circunstancia de que el general en jefe hubiera nombrado á los representantes en Iguala, y la de haber dispuesto que fuese Cuernavaca el lugar de la eleccion, sin aguardar á que Comonfort llegara, y sin pedirle consejo sobre unos puntos tan importantes, como lo habia hecho siempre hasta entonces. En fin, se murmuraba altamente del resultado de la eleccion presidencial; y Dios sabe hasta donde habrian llegado aquellas murmuraciones, si no hubiera alzado su voz para acallarlas el que ya entonces era el ídolo del pueblo. Comonfort llegó á Cuernavaca el 5 de Octubre, un dia despues de la eleccion; y viendo el nublado que se estaba formando á causa de ella, hizo callar á los descontentos, manifestando por medio de los periódicos, que á nadie habia juzgado mas digno de la presidencia que al venerable caudillo del Sur, que su gobierno era legítimo

y eminentemente nacional, y que protestaba sostenerle con todas sus fuerzas.⁷

El nuevo presidente nombró su ministerio, y dió al general Comonfort la cartera de guerra, nombrándole además general en jefe de las tropas del distrito, con cuyo carácter vino á la capital el 8 de Octubre.

Las pasiones se hallaban exaltadas; habíase despertado la ambicion de los partidos; la prensa habia empezado á desenfrenarse, rotas las prisiones que la habian tenido encadenada por tanto tiempo; habia una alarma general; y las dificultades de la situacion se aumentaban con la circunstancia de estar el gobierno en Cuernavaca, donde permaneció aún por algunos días el nuevo presidente. En aquel periodo de tantas crisis debió la capital de la República la conservacion del orden al general Comonfort.

No es de omitirse aquí una circunstancia, que debe tenerse presente para juzgar bien algunos acontecimientos futuros. Triunfante la revolucion, habiase conservado en su seno el odio mas profundo hácia el ejército que la habia hecho tan cruda guerra. La idea de disolverle iba prevaleciendo en la opinion que mas abiertamente podia manifestarse entonces, y acaso es-

⁷ Véase en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXI, la carta que dirigió Comonfort al *Siglo XIX*, sobre el asunto de que aquí se trata.

taba tambien en el programa de los partidos dominantes. El hecho es, que si no se trató formalmente de la disolucion del ejército, hubo por lo menos grandes amagos de realizarla. Comonfort, que como miembro del gabinete se habia opuesto ya á que se adoptasen violentas medidas en otros ramos, se opuso tambien como ministro de la guerra, á que se adoptase la relativa al ejército; y á costa de esfuerzos increíbles, y de pasar tal vez por poco ardiente revolucionario ante la exaltacion democrática de aquellos días, consiguió que se aplazara para mas adelante aquella cuestion, no sin dejar establecido como punto esencial de la política futura, que la clase militar debia ser reformada como todas, pero en ningun caso destruida. Los individuos del ejército se lo agradecieron entonces, aunque despues muchos de ellos lo olvidaron.

Las dificultades no se acabaron con la traslacion del gobierno á la capital. El respeto que inspiraba el anciano caudillo del Sur, no era bastante á sofocar las manifestaciones de descontento que se hacian por todas partes. Asomaban en diferentes puntos de la República síntomas de nuevos pronunciamientos y rebeliones; y en Guanajuato se pronunció al fin el gobernador Don Manuel Doblado, desconociendo al gobierno de Alvarez, y proclamando presidente de la República á Don Ignacio Comonfort.

No necesitaba esto el presidente interino para abandonar un puesto que no habia ambicionado, y del cual deseaba separarse, para vivir con el sosiego que reclamaban su edad y sus modestas costumbres. Antes de saber las ocurrencias de Guanajuato, y llenada ya la principal mision de su gobierno con la convocatoria del congreso constituyente, determinó dejar el mando, y nombró presidente sustituto al hombre á quien designaba para aquel puesto la opinion pública: era tambien el que la opinion privada del venerable caudillo habia señalado de antemano como merecedor de tanta honra.

El 12 de Diciembre se publicó el decreto por el cual fué nombrado presidente sustituto de la República el general Don Ignacio Comonfort; y con este motivo hubo en la capital escenas lamentables de desorden, que promovieron gentes descontentadizas y apasionadas. Habian perjudicado para con ellas al ilustre caudillo, las ideas de moderacion y de templanza que habia manifestado en el seno del gabinete, y las alabanzas que le habian tributado otros bandos políticos que no habian sido antes partidarios de la revolucion reformadora. Pensaron, pues, algunos, que el advenimiento de Comonfort al poder, importaba tanto como un paso hácia la reaccion; y arrastrados por esta quimera, encendieron las pasiones populares, alborotaron

á las turbas, y prorumpieron en gritos sediciosos por calles y plazas.

No era hombre Comonfort que en medio de tales demostraciones, aceptase un puesto que por otra parte no podia ofrecer entonces ningun aliciente ni aun á la ambicion mas desmesurada; y aunque bien conocia que significaban muy poco los gritos que contra él se habian levantado, bastaba para su delicadeza y su decoro, el que se opusieran algunos, para que él se negara abiertamente á tomar posesion de la presidencia. En vano se señaló dia para la ceremonia, y en vano le rogaron el presidente interino, los hombres del gobierno, sus numerosos amigos, y aun los partidarios juiciosos de las opiniones que se habian alarmado: él permaneció invariable en su resolucion, y no cedió al fin sino á los dobles esfuerzos de la amistad y del patriotismo, que se juntaron en un momento solemne para vencer aquella resistencia.

Era grande la agitacion que reinaba en la capital; y Alvarez conoció que si se prolongaba aquella crisis, podia sobrevenir algun grave trastorno. Entonces el anciano presidente sale de palacio, dirijese á casa de Comonfort, le saluda y le abraza con toda la efusion de camarada y de amigo; y casi con las lágrimas en los ojos, representándole el peso de sus años y de sus

dolencias, é invocando los santos nombres de la amistad y de la patria, le ruega que acepte el puesto para el cual le habia nombrado. Comonfort no pudo resistirse, y aceptó resignadamente la mision de honor y de sacrificios que se le confiaba.

La conducta del general Alvarez, descendiendo voluntariamente de la cumbre del poder, para volver á la vida privada, y rogando á otro con ese poder tan codiciado, es un rasgo de desprendimiento y abnegacion, de que ofrece pocos ejemplos la historia. En nuestro siglo de relajacion y de torpes ambiciones, solo podia elevarse á tanta altura el modesto ciudadano que pocos dias despues, ya en camino para el rincon de su tierra natal, escribia estas hermosas palabras, dignas de un republicano de los tiempos antiguos: "Pobre
" entré en la presidencia, y pobre salgo de ella; pero
" con la satisfaccion de que no pesa sobre mí la
" censura pública, porque dedicado desde mi tierna
" edad al trabajo personal, sé manejar el arado para
" sostener á mi familia, sin necesidad de los puestos
" públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de
" la orfandad y de la miseria."

Puesto Don Ignacio Comonfort á la cabeza del gobierno, se restableció la calma que ya se iba perdiendo en la capital, y los descontentos se convencieron muy

pronto de que el hombre de Ayutla y de Acapulco, aunque libre de las exajeraciones políticas y exento de pasiones revolucionarias, era el hombre de la libertad, de la reforma y del progreso.

Su advenimiento al poder llevó la quietud á los ánimos que se agitaban en toda la República: los pronunciados de Guanajuato depusieron su actitud hostil, y le prestaron obediencia; y los pendones rebeldes que ya se levantaban para protestar contra el orden de cosas establecido, se humillaron á los piés del buen ciudadano que habia sabido inspirar á sus compatriotas tanto respeto, é infundirles tantas esperanzas.

La revolucion habia triunfado, y estaba consumada por fin la grande obra empezada en Ayutla. Nacida en un humilde pueblo del Sur, refugiada en las asperas de sus montañas, y conducida al través de mil peligros por los varones esforzados que mecieron su pobre cuna, la hemos visto crecer, propagarse y engrandecerse, hasta el punto de reinar hoy como señora, y de ser en México la base del porvenir. Débil y flaca al principio, perseguida y ultrajada, ludibrio de los poderosos y escándalo de los humildes, hoy lleva sobre sus hombros los destinos y las esperanzas de un pueblo, y tienen que humillarse ante ella los que antes la desdeñaban. No es la primera vez que nacen

en un pesebre, y se alimentan de persecuciones, y crecen con la sangre de sus mártires, las grandes ideas regeneradoras de la humanidad. Por un oculto designio de la Providencia, que no nos esplicamos, pero que siempre advertimos, las redenciones sociales y políticas de cada pueblo, se parecen á la Redencion universal del mundo: llegan con trabajo desde el Gólgatha al Capitolio, y se albergan en la barca de un pescador, mucho antes de alojarse en el Vaticano.

Hemos visto á la revolucion, despreciada y aborrecida, puesta en ridículo y ensangrentada en el cadalso, derrotar á sus enemigos en todas partes y de todas maneras: á los ejércitos en los campos de batalla, á los calumniadores en la opinion pública, á los verdugos en el suplicio donde pensaban acabar con ella. Bello episodio, al par que sangriento, de la lucha tenaz que sostiene el derecho contra la fuerza en todo el globo, la revolucion de 1854 no es tan grande por haber derrotado á la tiranía, cuanto por haber alcanzado una espléndida victoria contra los gérmenes de corrupcion y de muerte que la demagogia habia infiltrado en su seno. No sabemos los bienes que hará á la nacion que la sostuvo en medio de tantos dolores y á costa de tan crueles sacrificios, porque todavía está oscuro y tenebroso el porvenir: pero bienes positivos son haber dado á conocer á México, que el orden

sin la libertad es un fantasma, que la libertad sin el orden es una quimera, y sobre todo, que entre los hijos de este país hay hombres que valen tanto para su patria como los mas famosos personajes de Grecia y Roma. Si ahora se exajera el principio de la libertad, como exajeró la dictadura el principio del orden, y si por esta causa la República se pierde, no será culpa de la revolucion ni de los hombres que la consumaron. Estos hombres pueden decir á los mexicanos: "vuestra libertad ha costado muy cara; no por vuestras pasiones volvais á caer en la servidumbre."⁸

8 Empti estis pretio magno. . . . Nolite fieri servi hominum.

SAN PABLO.